

la resistencia, será más fuerte un minuto después de consumado el crimen, en él se refugiarán y con él vivirán las deidades que la torpe codicia ha prescrito o inmolado, y su derrota hará más débil a su adversario y lo cubrirá como nunca de oprobio. Lo importante en las elecciones de 1924 en Nicaragua es que no naufraguen las grandes cosas morales que en la causa de Nicaragua están vinculadas y de cuya custodia es responsable el partido liberal.

Los augurios son fatales. La obra de la Conferencia de Washington revela toda ella que la política toda de Washington en Centro América se funda absolutamente en la preservación del *statu quo* en Nicaragua. La Conferencia no tuvo otro objeto; y su obra toda se desenvolvió y realizó con este único objeto constantemente en mira. Pedirle a Washington que garantice la libertad electoral en Nicaragua, es pedirle que derribe su propia obra, pues no se concibe que el partido de la mayoría llegue al poder para otro fin que para la denuncia inmediata del tratado Bryan Chamorro y la restauración del Gobierno libre y de la soberanía y la independencia de la nación. Y la libertad electoral en Nicaragua, bajo el régimen de la traición no es posible si Washington no la garantiza. El partido de la mayoría, el partido de la patria y de la civilización en Nicaragua, no debe hacerse ilusiones. Poner fe en Washington sería estúpido. Pactar con Washington sería estúpido. El partido de la mayoría debe contar desde luego con la posibilidad de que se repetirá la historia, que Washington querrá permanecer cerrando el camino de la democracia y la civilización en Nicaragua; y asumir la actitud de un partido dominado por la experiencia de su adversario y por conciencia de su fuerza, de su derecho, de su dignidad y de su porvenir. Debe luchar, por supuesto, y asistir a la batalla hasta el fin; pero sin engañarse respecto a las realidades de la situación y preparado para su desenlace, cualquiera que él sea, demostrando que lo ha previsto todo y que su mayor preocupación ha sido dejar en la campaña electoral un ejemplo eminente de discreción, de prudencia, de tacto, de sabiduría, de dignidad y de fortaleza. El partido de la mayoría habrá muerto moral y políticamente al día siguiente del triunfo, si el triunfo es el hijo bastardo de una transacción con Washington. Y será irresistible, y más fuerte que jamás, si en él son otra vez violados y escarnecidos en 1924 los grandes principios que son la base y la gloria de las instituciones políticas del Nuevo Mundo.

Los gobiernos y los pueblos centro-americanos tienen un sagrado deber

que cumplir, y graves responsabilidades, en las elecciones de 1924 en Nicaragua. En estas elecciones está comprometida la suerte de todo Centro América. Así como la nación, según Lincoln, no podía vivir mitad esclava y mitad libre, así Centro América no puede vivir con uno de sus miembros bajo la esclavitud extranjera. En la desaparición de la Corte de Justicia, en el Protocolo de Costa Rica con Washington, en la historia de la última tentativa de unión centroamericana, en la Conferencia de este año en Washington, pueden verse los efectos de la subyugación de Nicaragua. El ejemplo de un país centroamericano despotizado por una oligarquía sostenida por el extranjero, es peligroso, fuera de su acción degradante. El espectáculo de la prostitución periódica del sufragio por un gobierno espúreo, con la complicidad de un gobierno extranjero, es disolvente. Nicaragua es una rémora, un obstáculo, una amenaza para todo Centro América. Es el enemigo en la propia casa. Es la muerte. Por propio interés común vital, interés de propia conservación, interés de desarrollo y de progreso, interés de libertad y de seguridad, interés de paz y de felicidad, los gobiernos y los pueblos centroamericanos deben influir por todos los medios a su alcance para que las elecciones de 1924 en Nicaragua sean libres y expresen genuinamente la voluntad del pueblo nicaragüense.

Los augurios son fatales pero es perfectamente posible combatirlos y

transformarlos. Como hemos dicho, Washington está en un conflicto, entre el deseo de preservación de su botín en Nicaragua y la creciente presión de las fuerzas morales que lo están expulsando de allí. Un nuevo atentado en 1924 sería demasiado escandaloso, y demasiado desastroso para la posición moral de los Estados Unidos en América. Washington está en la ansiosa búsqueda de una mano que lo salve. Washington no cuenta sino con la claudicación del liberalismo, que cree posible por el cansancio, la exasperación y la desesperanza en que supone al pueblo de Nicaragua bajo el régimen de la traición, o por la debilidad, la impaciencia y la estupidez de las ambiciones personales. El liberalismo tiene que luchar contra un nuevo peligro. Es preciso burlar los planes de Washington, manteniendo a todo trance la unidad del liberalismo y expeliendo de su seno a los claudicantes, a los venales, a los que creen en acomodos con Washington bajo el tratado Bryan-Chamorro y aspiran a ser con este título candidatos de Washington para la Presidencia de la República.

Los gobiernos y los pueblos centro-americanos pueden hacer mucho, mucho, en el sentido de dar aliento en la lucha al liberalismo nicaragüense, de hacerle sentir que no está sólo y que su causa es la causa de todo Centro América. Pueden también hacer mucho para robustecer las fuerzas morales y políticas que están trabajando contra Washington en Nicaragua. Es



- Mamá, acabo de ver en una película a un señor igualito a papá.  
 —¿Y en qué se parecía?  
 —En que pellizca a la cocinera.

(Excelsior, México, D. F.)

POR GARCIA CABRAL